

Eva

JUAN J. TORRES JURADO

I

Es mi fiesta de cumpleaños. Todo el grupo hemos estado bebiendo en el bar de Fran, cercano a la playa. A estas horas quedamos los de siempre.

—Como todos los de mi generación, abandoné muy joven el pueblo para estudiar en la universidad y como aquéllos, apenas volví. Por supuesto no estábamos preparados. El intenso olor a café, el aula T5 que nadie sabía dónde estaba. Las clases de lingüística los viernes por la mañana, los extraños mensajes que colmaban las butacas. Cientos de cigarrillos leyendo a Nerval. Las salidas de tono, la lluvia de febrero, los fines de semana de cuatro días. Los bajos rotos, las zapatillas sucias. Joder, vaya años.

El que habla es David. Lo conocí hace cinco o seis años cuando realizábamos prácticas en una horrible empresa. Él corregía textos. Yo hacía fotos. Ambos pensamos que mientras hay alcohol hay fiesta. En esencia, es lo único que nos une.

—Nos hacemos viejos.

La mujer que se sienta a su lado, se llama Bea. Después de dos años brillantes decidió abandonar

las clases en bellas artes y lanzar su propia línea de moda. Jamás vendió una prenda, pero ha ganado dinero realizando al menos veinte trabajos diferentes antes de quedarse embarazada. Bea y David se conocieron en mi casa hace exactamente tres años. Bea es la persona de este mundo que mejor me conoce.

—Apenas me siento los pies. Y éste se viene conmigo. Feliz cumpleaños amor. No te quejes, estás cada vez más joven.

Desde la ventana los veo alejarse. Es un septiembre extrañamente frío. Ahora que todos se han marchado enciendo un cigarrillo y doy cuenta de la última botella de vino. Bea se detiene bajo una farola, parece que algo se enganchado a su tacón. Transmiten un tipo de felicidad basada en la sabiduría del que se sabe realizado. Como el sosiego de un soldado tras el tratado de paz. David la sostiene del brazo mientras se burla de su torpeza. Agarro la cámara y tomo cinco rápidas fotografías aprovechando el contraluz. David parece escuchar el obturador y mira hacia mí sin poder distinguirme. “Deja de hacerme fotos, por favor. Es ridículo”. Hoy hace diez años hice mi primera foto. Aquella noche disparé todo el carrete. Comenzaba mi cuarto año de física. Quedé alucinado con las vistas nocturnas que cada lunes Miguel portaba a clase. Había conseguido encajar su rélfex a un telescopio. Y no sólo eran imágenes nítidas de las lunas de Júpiter. Muchas eran del espacio profundo. Nebulosas, galaxias, cúmulos. Trabajé todo un verano para fotografiar el cielo. La noche de mi vigésimo segundo cumpleaños estrené mi nueva cámara y conocí a Eva.

Bea y David han desaparecido de mi vista. Estoy agitado. Adoro a esa pareja, pero su tran-

quilidad me perturba. De repente, una idea. Es el momento de regresar. Desde que se fue la abuela nadie ocupa su casa. Poco más que un bohío adosado de una sola planta. Un pasillo alargado que llega a un patio cuadrado con una escalera minúscula para acceder a una terraza soleada. Dos habitaciones y una sala de estar de gruesos muros de piedra caliza blanqueada. Enciendo otro cigarrillo. En la cocina, al otro lado del patio, escucho a mi abuela tarareando una canción olvidada. Las casas de la posguerra son insensibles. En su interior no hay estaciones. Uno de los cuartos será un laboratorio. En la sala de estar puedo organizar un estudio. Una mesa amplia y una repisa. Sí, con eso es suficiente. La cocina no la tocaré. Largos paseos cuando caiga el sol. Quizás corra, debo mantener la forma. Dejaré de fumar. Por fin podré terminar esa maldita tesis. Mi madre estará encantada. Procura negarlo, pero desde que murió papá se siente muy sola. Mi hermana dice que ha envejecido mucho. Cuando acabe el curso. No puedo dejar a los chavales ahora. ¿Y si pido una excedencia? Ni siquiera sé cómo se hace. ¿Aún está Julián allí? Tengo que llamarlo. Hace milenios que no sé de él. ¿Se casó? No, no. Me hubiese invitado. Seguro que sigue igual. Ese tío no cambia. ¿Y Juan? Joder, no sé nada de Juan. ¿Pero por qué hablaba David de su pueblo?

—¿Qué, nos vamos?

II

—Vaya susto, Fran.

—Ya. ¡Venga, te invito a una copa! Pero ni una palabra de Eva, ¿eh? Vamos a divertirnos.

III

Mi vecina Teresa me ha regalado una piña. “Un hombre como tú no debería estar tan solo. Siempre entre libros...”. Teresa me ayuda con las plantas del patio una vez por semana. Dice que siente pena. Que apenas recibo visitas. Pero eso no es cierto. Mi madre viene un par de veces por semana y algunos sábados mi hermana prepara algo de comida para los tres. Tiene un precioso hijo de algo más de un año. Mi madre dice que es clavadito a mí. Yo también lo creo. Teresa no siente pena por mi presunta soledad, sino por mí mismo. Por mi persona. Y no la culpo. Todos en el pueblo conocen mi historia. Y yo las suyas. El tiempo rural no es cronológico. Aquí comanda Aión. Los hechos se derraman una y otra vez y todos los viven por igual. Cuando el día después de mi cumpleaños bajé del único autobús que llega al pueblo me esperaba Julián para llevarme a la casa de mis padres. “Ya lo saben todos, avisado quedas”. Mi madre insistió en que había hecho todo lo posible, pero que aún faltaban tres o cuatro cosas por ordenar en la casa de la abuela. “No sé estas prisas, hijo. Y con lo torpe que estoy...”. Le insistí que no se preocupase. Ya en mi nuevo rincón Julián me observa mientras tomamos cervezas en la cocina. Mi abuela sigue canturreando.

—Estás más joven.

—Sí, eso dicen.

—Es el salitre. El mar cura. Aquí ya sabes lo que te espera. Arrugas. El Sol es un asesino silencioso de almas nuevas.

—¿Desde cuando esa lírica?

—Háblame de Eva.

Es una piña hermosa. Debe pesar casi un kilo. Quizás más. Me pregunto cuánto tardará en corromperse si nadie la come. No. Será el postre del sábado. De alguna manera es el destino de esta piña. Mi hermana la abrirá y la hará rodajas. Cortaré un trozo pequeño y se lo ofreceré a mi pequeño sobrino. Nos divertiremos con sus muecas. No creo que haya probado piña alguna. Luego se lo contaré a Teresa. Le haré ver que su regalo de compañía ha cumplido con su objetivo. Unir. Sí, definitivamente la piña tiene que abrirse. Sin embargo, hay cosas que deben cerrarse. Por ejemplo mi tesis. Por suerte, por algún avatar de la relatividad, el tiempo en el pueblo viaja mucho más lento que cerca del mar. Casi he terminado un primer borrador. Pienso que a este ritmo podré elegir tribunal antes de que llegue un verano que aquí no escarnece. En el departamento me prometieron que harían lo posible por reservar mi puesto de profesor. Supongo que allí también sienten pena. Pero no tienen motivo. Mi madre está mucho más ágil desde que vivo aquí. Mi hermana me asegura que el cambio ha sido enorme. Julián es de nuevo mi mejor amigo y hasta he dejado de fumar. Me siento feliz aquí. A veces pienso que no volveré a la universidad. Me gustan mis paseos cuando cae la noche. Adoro el silencio de mi nuevo hogar. Estimo a los habitantes de este pueblo. Son buenas personas. Simplemente no saben qué decirme. Cuando me miran algunos aún bajan ligeramente la cabeza, todavía dolidos. Pero no lo hacen por mí, sino por Eva, a la que echo terriblemente de menos.